

la Armada, que hoy nada dicen al lector, y que han merecido ocupar una gloriosa página en el libro de la historia.

Si el Gobierno de S. M. acordara la publicación de esta obra, creemos que, previamente, debe ser corregido su estilo y faltas de dicción, pues el autor, sin duda, no había podido aún ocuparse de revisar su manuscrito.

La Academia podrá acordar, sin embargo, lo que crea más conveniente.

Madrid, 16 de Mayo de 1914.

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

VI

ALBORNOZ EN CASTILLA

por D. Alfonso Jara (1).

Nuestro sabio Director me dió el encargo —que cumplo en estas cuartillas muy gustoso— de informar á la Academia, si quiera sea brevemente, del último libro, que, con el título antedicho, acaba de publicar el Sr. D. Alfonso Jara, distinguido diplomático, ya conocido como autor del que tituló *De Madrid á Tudán*, y de los *Cuentos y Artículos de Historia y Arte*, bajo el nombre más que modesto de *Naderías*, publicados igualmente hace unos años. No es D. Alfonso Jara persona extraña del todo á la Academia, pues siendo sus apellidos Jara y Seijas, resulta ser nieto materno de D. Manuel de Seijas Lozano, el que fué tantas veces Ministro de la Corona en el reinado de Doña Isabel II, jurisconsulto ilustre, que por su reconocida competencia en cuanto toca al régimen municipal castellano tuvo sitio principal en esta Academia, y dejó en ella, como en la política, en el Foro, en la Administración y en el Parlamento, buena y respetada memoria

(1) Impreso en Madrid, librería de Hernando, 1914.

Es todavía la del Sr. Jara, me permitiré decirlo, una personalidad literaria en formación, solicitada á un tiempo por el gusto de la relación de los viajes, por la pura literatura, sin exceptuar, naturalmente, la poesía, y por el amor de los estudios históricos, de que ya en el libro *Naderías* hay más de una muestra, y de que el trabajo que voy á tratar parece como que marca felizmente una orientación definitiva, no por cierto para lamentada por nadie, y menos aún por la Academia de la Historia.

Vémoslo con satisfacción atraído por esta figura grandiosa de D. Gil de Albornoz, el célebre Legado Pontificio y glorioso restaurador de la Sede Romana, antes Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, que es á quien el Sr. Jara consagra su libro, estudiando sus hechos en Castilla, precursores de los que, aún con mayor relieve y nombradía, había de realizar más tarde en Francia y en Italia para bien del Pontificado y de la Iglesia, y aquéllos menos que éstos entre nosotros mismos ensalzados y hasta conocidos. Compónese este libro, á más de un breve y discreto preámbulo, de ocho capítulos: «La Casa de Albornoz», «D. Gil Álvarez de Cuenca», «Claudicaciones y demasías», «Empresas políticas y guerreras», «Negociaciones diplomáticas», «Nuevo Rey, Ministros nuevos», «Gestión episcopal» y «Cabos sueltos», á que sigue la reproducción de hasta catorce documentos interesantes, con este Prelado español relacionados. El Sr. Jara toma á su héroe desde los años mozos, cuando formaba parte del séquito del Arzobispo D. Jimeno de Luna, su tío, y obtuvo en Toledo los primeros beneficios eclesiásticos, distinguiéndose principalmente por su Dignidad de Arcediano de Calatrava; y lo estudia antes que todo en su familia, ya importante, aunque él rectifique razonadamente opiniones del respetado maestro D. Luis de Salazar y Castro, con todos los miramientos que su singular autoridad en estas materias exige. Síguelo en la Silla Primada, último asiento de tanto varón ilustre, y á que lo elevaran más que nada el amor y la voluntad del Rey D. Alfonso XI, para hacer en breve figura relevante en la gran cruzada que dió por fruto la batalla y victoria del Salado, laurel eterno de la Corona de aquel Monarca insigne, no por sus defectos innegables, de tan lamentables resul-

tados para la vida castellana, menos merecedor de la gloria que le atribuyó el suyo y le han confirmado unánimes los otros siglos. Trata luego de la Embajada en Francia, que el Rey confirió á Albornoz, solicitando el auxilio del francés para el sitio de Algeciras memorable, y no lo deja de la mano, en la relación no menos interesante de los trabajos diplomáticos emprendidos cerca del de Castilla por los Soberanos de Francia é Inglaterra, preparando cada uno el codiciado matrimonio del Infante heredero—luego D. Pedro *el Cruel*—con Princesa de una ú otra nación y familia. Descúbrelo en Gibraltar durante el cerco, en que al fin acabó antes de tiempo la vida agitada del Rey, y lo acompaña á Aviñón, cuando allí se marchó el Arzobispo, receloso del nuevo Monarca y de D. Juan Alfonso de Alburquerque, su Privado, después de haber hecho la piadosa fundación del Monasterio de San Blas de Villaviciosa junto á Brihuega, preludio modesto de la gran institución del Colegio Mayor de San Clemente de Bolonia, y ya renunciada la Mitra toledana para no volver jamás á Castilla, aun viviendo todavía quince años, y siendo lo que es tan sabido al lado y al servicio de los grandes Papas, por su esfuerzo, su habilidad y sus energías de nuevo felizmente Pontífices Romanos.

Todo esto lo refiere y comenta el Sr. Jara, generalmente con acierto, bien distante ya de aquellos tiempos suyos más juveniles, en que, inspirado por un criterio modernísimo, no encontraba más que censuras y vituperios para el hecho legendario de Tarifa, que honró en pleno siglo xiii al gran D. Alonso Pérez, su Alcaide, con el dictado que sus contemporáneos le dieron, y le mantuvieron los posteriores, de Guzmán *el Bueno*; ya el Sr. Jara, desde el punto de vista único, bajo los mandatos imperiosos—que en hombre de su claro talento no era posible la prolongada sistemática resistencia—del *distingue tempora* eternamente verdadero, juzga con menos dureza y mayor imparcialidad á los hombres y las cosas de los tiempos que fueron, y así ha logrado trazarnos este cuadro del siglo xiv con sus tintes debidos, y encontrar alabanzas, en un criterio racional y justo, para los personajes que en él se mueven, que tenían, claro está, los muchos defec-

tos propios de la humanidad y de su época, que no hay por qué callar parciales, ni dejar de censurar cuando es del caso, pero sin necesidad de recargarlos y ennegrecerlos torpemente, como ciertas escuelas hacen, por las diferencias inevitables del medio ambiente, del pensar y del vivir, distintos de los días que han tocado en suerte á las unas y las otras generaciones. Esta es la base seria y el fundamento sólido sobre el que ha de moverse el historiador digno de este nombre, cada vez que pretenda hacer la evocación de las sociedades desaparecidas; y no hay que dudar de que el Sr. Jara va acercándose más cada día á tan firme terreno, donde podrá edificar como es debido cosa eficaz y duradera.

El cuadro que con mano segura ha dibujado ahora en este libro, á pesar de Doña Leonor de Guzmán y de sus amores funestos, resulta agradable y simpático: la figura del que fuera luego el Cardenal de San Clemente, aun dando de barato su debilidad por las regias ilícitas relaciones—debilidad que no mantuvo ante el escandaloso abandono de la pobre Reina Doña Blanca de Borbón, tan desdichada en su vida, como en la que le hacen luego vivir los defensores apasionados del Rey D. Pedro,—á pesar de esas tolerancias sensibles, que él cree que contrastan con los grandes rigores que ejerció sobre su clero toledano, exhumando el Señor Jara, en prueba de ello, trozos regocijados de la musa alegre y retozona del Arcipreste de Hita, aparece en estas páginas, que ligeramente comento, digna de todo respeto y veneración, como de un gran Prelado que sin duda fué, honrado, piadoso y austero, como de un gran español que fué también, en cuyo noble corazón la larga ausencia no amenguó en lo más mínimo el amor de la tierra madre de Castilla, según lo acreditó de sobra la fundación del Colegio insigne de Bolonia, llamado por él de los Españoles, y al cabo de cinco siglos, cuando tantas cosas han pasado sin dejar rastro, todavía subsistente hoy en Italia, en una Italia tan diferente de la que él conoció, amó y sirvió con tanta gloria. Para realce acabado de esta singular figura resulta que fué solicitado y reclamado desde España el Cardenal de Albornoz, cuyas claras luces y sabios consejos echaba de menos el

nuevo Rey castellano, y que sólo Dios sabe lo que hubieran podido pesar en él; pero á cuya vuelta hubo de negarse enérgicamente la Santidad de Inocencio VI, por las necesidades, más altas que las de un gran Reino todo entero, de la Iglesia de Roma nada menos.

¡Cómo nos consuela y nos conforta, en medio de nuestras desdichas presentes, la consideración y el recuerdo de este gran papel de los españoles de antaño, llamados á cada paso á jugarlo tan importante en la escena del mundo! Si la Historia no hiciera más que esto, RECORDAR, cerrando así el paso á todo mortal desaliento, ¡qué gran servicio á los pueblos que quieren vivir, buscando en su pasado fuerzas y esperanzas que él solo, cuando es como el nuestro, puede darles! Yo quiero concluir, para no cansaros más, felicitando cordialmente por este su trabajo al Sr. D. Alfonso Jara, que llevado de la mano por el gran Cardenal Albornoz, puede decirse que ha encontrado ya definitivamente su camino literario, que no es el de los cuentos, ni el de la novela, ni el de la poesía, ni el de los relatos de viajes, aunque en todos estos campos fueran afortunados sus comienzos, sino el de los estudios históricos, de que *Albornoz en Castilla* es clara y evidente prueba. La Academia creo yo que habrá de felicitarse por ello, animando al autor con su altísima aprobación, para que siga, ya sin vacilaciones, por estos derroteros, con tamaña fortuna emprendidos.

29 Mayo 1914.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

VII

OBRAS CANARIAS

de D. José Rodríguez Moure.

«EL POEMA DE ANTONIO DE VIANA.»

«LA SIERVA DE DIOS SOR MARÍA DE JESÚS». — «VIERA Y CLAVIJO».

Grandísima satisfacción hubo de proporcionarme el encargo de este informe, que nuestro ilustre Director me hiciera, y ello por varias razones. Por tratarse de celebrar y hacer justicia á